



Por Nicolás Lynch



Formar ciudadanos

Recuerdo que hace algunos años un amigo me repetiera la frase de algún autor latinoamericano quejoso sobre nuestros seculares déficits de ciudadanía: “La república necesita republicanos”, haciendo alusión a la necesidad tanto de una clase política sólida que se jugara por los ideales de la república democrática como de una ciudadanía que con su participación activa le diera vida y duración en el tiempo a las instituciones republicanas.

Es indudable que una de las razones más importantes de la debacle republicana y democrática que sufriera el Perú en la década de 1990 fue el agudo déficit de ciudadanía, es decir, de individuos actuando como sujetos de derechos y obligaciones que se compraran el pleito de la defensa de las instituciones democráticas restablecidas en 1980. Este déficit de ciudadanía tiene ciertamente causas estructurales que hunden sus raíces en nuestra historia y el precario desarrollo del capitalismo en el país, esa urbanización sin industrialización que multiplica a los excluidos y fragmenta a la sociedad en la lucha por la sobrevivencia. Empero, el déficit también está asociado con la educación, porque la escuela, en especial la escuela pública, es uno de los espacios de socialización democrática fundamental de las personas. Las grandes democracias, Estados Unidos sin ir más lejos, se basan en formidables sistemas educativos que tienen como eje a la escuela pública, a la que van todos o la inmensa mayoría de la gente, razón por la cual se convierte en una institución integradora por excelencia. En el Perú, por el contrario, van a la escuela pública sólo aquellos, también la inmensa mayoría, que no pueden pagar una privada, con lo cual la escuela se convierte en otro elemento de separación y finalmente también de exclusión.

Este déficit ciudadano en muchos casos se agudiza por las políticas erráticas o abiertamente manipuladoras que ha llevado a cabo el Estado en la última década en materia educativa. En algunos casos ha habido buenas ideas, a veces buenos programas, pero, la mayor parte del tiempo, carencia de objetivos estratégicos que articularan a la educación con la construcción de la democracia. Cuando hacemos esta relación entre educación y democracia es, sin embargo, importante reiterar

que la educación, sin un esfuerzo conjunto de desarrollo del país, no es la panacea salvadora de nuestros males, nada más que una educación orientada por la democracia está más cerca de brindarnos un futuro que aquella que no lo está.

Por ello hemos señalado como objetivo estratégico de la gestión ministerial en educación la necesidad de formar ciudadanos con capacidades para producir bienestar. ¡Ojo!, ciudadanos no súbditos, es decir, sujetos con capacidad protagónica y creativa para participar en las tareas del desarrollo social. Pero a principios del siglo XXI si hablamos de ciudadanos como componentes de una sociedad determinada, no podemos entenderlo de otra manera que no sea la de individuos integrados a la sociedad de la información, que es la manera que está tomando la organización de las relaciones sociales en este siglo que comienza. Por ello hablamos de ciudadanos con capacidades que les permitan formar parte de esta sociedad de la información y ser actores de la articulación del Perú a la sociedad global. De allí, por ejemplo, la importancia del “Proyecto Huascarán”, como proyecto de interconexión telemática del sistema educativo, porque permitirá empezar, progresivamente, a incorporar a maestros y alumnos a esta sociedad global.

Ahora bien, mantener un objetivo estratégico tan importante como “formar ciudadanos” en el largo plazo va más allá de los esfuerzos de una gestión ministerial o de un gobierno y exige un consenso entre los diversos actores sociales y políticos para convertir algunas políticas fundamentales de gobierno en políticas de Estado sobre educación. Más aún, cuando se trata de una cuestión tan importante como el desarrollo de nuestra democracia. Por eso la necesidad de un gran pacto social y político en educación que asuma la prioridad de formar ciudadanos que no vuelvan a ser engatusados por algún aventurero.

Formando ciudadanos es que la república contará con los republicanos necesarios para darles consistencia a sus instituciones y eventualmente defenderla contra quienes pretendan volver a interrumpir la democracia. De esta manera no se tratará de una república vacía, sino de la casa común que pueda cumplir con la “promesa de la vida peruana” de la que nos hablaba Jorge Basadre.